

RODRIGO GUTIÉRREZ VIÑUALES

Entrevista para el diario “La Nación”, Buenos Aires, diciembre de 2015

Por: Marcelo Silva de Sousa

-Cómo fue tu primer acercamiento a los libros. (¿Influencia familiar, formación?).

- Fue por influencia familiar. Mis padres, arquitectos e historiadores de la arquitectura, se fueron a vivir a Resistencia en 1966 (al año siguiente nací yo, allí), y para sus trabajos no tenían más remedio que comprar los libros que precisaban, ya que allá no los podían conseguir (e internet, claro, no existía). Creo que esa necesidad de acopio los llevó, especialmente a mi padre, al coleccionismo, a buscar de manera sistemática, y a veces obsesiva, aprovechando cualquier viaje, las revistas que faltaban para completar colecciones, los libros que veía citados en otros y que no aparecían por ningún lado... En 1995 crearon el CEDODAL, uno de los centros de documentación de arquitectura y arte latinoamericanos más nutridos que existe, ahora vinculado a la Organización de los Estados Iberoamericanos (OEI). Pero todos esos libros y revistas estuvieron hasta aquél año en nuestra casa de Resistencia, así que mis hermanos y yo crecimos rodeados, con la más absoluta naturalidad y literalmente, de miles de libros. Con el tiempo me he visto inmerso en la misma dinámica y, la verdad, ha sido una buena decisión, que, además, me remite, ya con otros sentidos de pertenencia y profesión, a mi infancia y juventud.

-¿Qué autores o temáticas buscás?

- En los últimos años, y en vinculación a mis trabajos de investigación en historia del arte, estoy coleccionando fundamentalmente libros y revistas de literatura argentinos y latinoamericanos del periodo 1910-1940, primeras ediciones ilustradas. Con el material argentino armé mi “Libros argentinos. Ilustración y modernidad, 1910-1930”, publicado justamente con el CEDODAL en 2014, y que recoge la investigación hecha con ese material. Tiene unas 2.700 reproducciones en color, demostrativa de la riqueza de las artes gráficas de ese periodo en nuestro país. Rescaté allí varios nombres esenciales pero hasta ahora totalmente marginados de las lecturas existentes sobre las vanguardias argentinas como Antonio Bermúdez Franco, José Bonomi, Bartolomé Mirabelli, Andrés Guevara, Manuel Mascarenhas, y muchos más. El libro recibió hace poco el premio al mejor libro editado en la Argentina durante 2014, en la categoría de “Literatura e interés general” dado por la Cámara Argentina de Publicaciones.

Pero otra colección que llevo de manera sistemática (y por qué no decirlo, a veces obsesiva), y que es mucho mayor en cantidad que la anterior, es la vinculada a mi biblioteca de arte latinoamericano, que es apoyo permanente para mis escritos; tené en cuenta que vivo en España, y, cada vez que viajo a Latinoamérica -y por suerte lo hago con mucha frecuencia-, no me queda otra que encerrarme horas y horas en las librerías para tareas de caza y captura de libros, catálogos, folletos, revistas, etc.. Tengo mapas de cada ciudad a la que voy en donde están marcadas con birome roja todas las librerías de viejo y las que tienen material de arte; en base a esos puntos rojos organizo los otros recorridos culturales y lúdicos, los propios de cualquier viaje. Para mí es el mayor de los disfrutes !

-Qué fue primero: ¿coleccionista o bibliófilo?

- Coleccionista. Siempre me gustó coleccionar, con esa idea de completar conjuntos y tenerlo todo ordenado, esperando aparezcan las cosas que busco y poder ubicarlas en su sitio. Cuando era chico armé varios álbumes de figuritas (por cierto, nunca completé el

del “Reino Natural” a finales de los 70, como al 99 % del país, fue imposible conseguir la “Tarántula”, y por lo tanto me quedé sin la consabida pelota de cuero N° 5 que te daban de premio). En la adolescencia se me dio por latas de cervezas y gaseosas, imposible tenerlas todas, además que se me oxidaron con el tiempo. A partir de los 20 años empecé a armar dos colecciones de vinilos que tengo bastantes completas y las sigo, todo lo vinculado con los Beatles y con el folk americano de los 50 y 60. Con los libros empecé realmente poco antes de los 30 años, dentro de lo que los medios económicos y el espacio me permitían, y poder mejorar en esos aspectos me permitió el acceso a la bibliofilia. Pero ya ves, eso es consecuencia de un largo proceso.

-¿Qué fue lo más exótico que hiciste por conseguir cierto libro? (Un viaje, ir a una subasta, dejar teléfonos en librerías, vender objetos para llegar al dinero, etc..) ¿Qué ejemplar era?

- Te podría decir que varias veces, por las diferencias horarias, me quedé hasta las 4 de la mañana para pujar en una subasta por ebay, de esas que, para que no suban los precios, tenés que mandar tu puja 10 segundos antes del cierre. Pero esto no lo veo realmente exótico, y lo hacen muchos apasionados al coleccionismo.

Tampoco es exótico, y lo vengo haciendo desde siempre, el dejar mis listados de “faltantes” a ciertos libreros de viejo, que son los mejores socios para encontrar lo que andás buscando, una vez que vos agotaste todos tus medios. Siempre están alertas, y no han sido pocos los casos en que me escriben dos años después para decirme que me lo consiguieron, lo cual es demostrativo de lo bien que ejercen el oficio.

Pero en esto, la verdad, y pasa sobre todo cuando vas a una librería de viejo a revolver, en general (con alguna excepción, por supuesto) no vas a buscar nada en especial: vas a descubrir, a encontrar lo inesperado o lo desconocido. Es lo más parecido que hay a la caza del tesoro. Y más se disfruta cuando esa pieza va a integrarse después a un sistema que vos mismo armaste, que es tu biblioteca (que obedece a tu pensamiento, a tus discursos mentales), en la que esa pieza tiene adjudicado, sin siquiera haber sabido uno de su existencia, un lugar exacto: en el medio de tal y tal libro; y ahí es donde sabés que siempre lo vas a encontrar.

No te sabría decir ningún caso especial, fueron y son demasiados los libros que, al entrar en casa, te alegran los días; tenés la sensación de haberlos estado esperando siempre y el día que llegan para quedarse es día de gloria. Para no dejarte sin respuesta, te diré el último: el álbum “20 dibujos mexicanos” del español Gabriel García Maroto (1928), una de las mejores piezas de la vanguardia latinoamericana cuya persecución empecé hace más de diez años y al final apareció y se vino a vivir a casa...

- Qué 3 libros suyos no vendería por ningún dinero.

- Ninguno de los que me son útiles para trabajar en mis investigaciones, y varios más, algunos por razones afectivas (regalados por familiares y amigos). Como soy fetichista, tampoco los dedicados por artistas, críticos e historiadores del arte, muchos de los que no conocí por razones de edad, y otros que sí tuve la suerte. De los primeros podría decirte “Diego Rivera. 50 años de su labor artística” (1951), muy raro ya, y del que tengo ejemplar dedicado de puño y letra por el propio Rivera; de los otros, guardo con mucho cariño libros que me dedicaron Libero Badii, Ricardo Carpani, el colombiano Edgar Negret y otros artistas quienes me honraron permitiéndome visitarlos en su taller. Abrir esos libros es disparar un montón de buenos recuerdos, de charlas, de cosas aprendidas en esas visitas; los artistas están casi siempre en el grupo de las mejores personas que he tenido y tengo la suerte de frecuentar.

-¿Cuál es la meta o el combustible que lo hace ser coleccionista, o, al menos, tener esa avidez de conseguir libros?

Sin duda alguna, la curiosidad y las ganas de aprender, las cuales siento no solamente que las tengo intactas, sino que se van incrementando conforme avanza la vida. Espero sea así hasta el final, y, por suerte, me da la impresión de que así será. Investigar y escribir es una de las mejores maneras de aprender, y mi vocación, desde el colegio, fue la de escribir, siempre escribir y escribir. Escribí de historia, de música, de fútbol y después de arte; siempre de lo que me venía en ganas, en cada momento. Y no puedo parar, ese es mi combustible, lo que me equilibra.

Como investigador, al estar a punto de terminar algún trabajo extenso, hace unos años me inquietaba pensando en qué investigaría una vez acabado aquel. Ya esa inquietud dejó de existir hace años, porque siempre me aparecen o me invento temas para pesquisar y escribir. Los libros acompañan y determinan esos procesos, y es una gran ventaja unir las dos dimensiones en una, porque hay muchos coleccionistas que no investigan, y muchos investigadores que no coleccionan.

-¿Cómo se vincula con los librereros anticuarios?

- Personalmente y por correo. Es un vínculo estable y absoluto. En una librería de viejo, a estas alturas, y dependiendo de quien sea el dueño, claro está, me siento como en mi casa. Me gusta relacionarme y charlar con librereros que saben y que están dispuestos a la conversación, a enseñarte y a escuchar tus dudas y comentarios. De ese diálogo salen muy buenas pistas e ideas para la investigación y la colección. De muchos librereros me he hecho realmente amigo, de vernos fuera, de irnos a cenar. Por supuesto, y esto no es nada del otro mundo, hay librerías en las que no se produce ese vínculo personal, y uno simplemente se limita a hacer su tarea en silencio, separar el material, preguntar precio y decidir que se lleva.

Creo que el de librerero es un oficio serio, que obliga al que se precie como tal, a saber de su profesión, a estar preparado para orientar al cliente; no considero “librerero” al que se limita a preguntarte qué buscás y va a una computadora a decirte si hay o no hay, sin plantear diálogo ni alternativas.

Por suerte, y es patente en la mayor parte de las librerías de viejo de Buenos Aires, las vinculadas a ALADA, los librereros son de primera, saben de verdad, y no sólo los más viejos del lugar sino gente muy joven que asume el reto con pasión, y que sigue garantizando la pervivencia de ese oficio fantástico en Argentina.